

# **La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy**

(2 de 4)



Dr. Justo L. González

Monterrey, México  
septiembre 2009

## La pertinencia de la iglesia antigua para la iglesia de hoy (2 de 4)

Monterrey, México

Anoche hablábamos acerca de los paralelismos y diferencias entre la iglesia antigua y la de hoy, con miras a descubrir qué recursos, prácticas o experiencias nos ofrece aquella iglesia para nuestra tarea en este mundo del siglo veintiuno. Terminamos diciendo que hoy enfocaríamos nuestra atención sobre el culto, y sobre lo que la iglesia antigua pueda enseñarnos respecto al mismo.

Al tratar sobre esto, lo primero que hay que señalar es que, aunque ayer hablábamos sobre los paralelismos entre las condiciones de los primeros siglos y las condiciones del nuestro, hay una enorme diferencia entre el culto de la iglesia antigua y la mayoría de los nuestros. Y luego hay que añadir que, a pesar de esa diferencia, las prácticas de adoración en la iglesia antigua tienen mucho que enseñarnos.

Empecemos entonces por las diferencias.

Obviamente, la primera diferencia es que el culto antiguo no era un evento público, sino que era más bien la reunión de los fieles. Eso se entiende si consideramos las condiciones en que vivía aquella antigua iglesia. Eran tiempos de presiones y de persecución. La idea que muchos nos hemos hecho, de una iglesia constantemente perseguida que tenía que esconderse para celebrar su culto, no es del todo exacta. La persecución era más bien esporádica. En muchos casos dependía de las autoridades locales o del populacho. Durante casi todo el siglo segundo, la política del Imperio ante los cristianos fue no ocuparse demasiado de buscarlos, y castigarles solamente si alguien les acusaba ante las autoridades y

ellos se negaban a rendirle culto al emperador. Luego, en muchas regiones hubo largos períodos de paz. Pero si por alguna razón la población se molestaba con los cristianos, y les acusaba, el resultado era la muerte de quienes permanecieran firmes en su fe negándose a adorar al emperador y a los dioses de Roma. En el siglo tercero las cosas empezaron a cambiar, y hubo emperadores que decretaron persecución general contra los cristianos, unas veces exigiéndole a toda la población tener documentos que comprobaran que le habían rendido sacrificio a los dioses, otras ordenando que todos los cristianos tenían que entregar sus libros sagrados, para que fueran quemados, y otras buscando a los líderes de la iglesia para hacer de ellos ejemplo. Por fin, a principios del siglo cuarto, llegó la gran persecución, general, activa y encarnizada, y continuó hasta que los emperadores Constantino y su cuñado Licinio le pusieron fin. Luego, en resumen, la iglesia no fue perseguida constante y universalmente, sino más bien de manera esporádica y a veces regional. Pero, con todo y eso, siempre había presión contra los cristianos, tanto en lo oficial como en lo social y en lo económico. Por ejemplo, quien como cristiano se negará a adorar a los dioses de su gremio, no podría ya trabajar como miembro de ese gremio. De los cristianos se hablaba mal y se pensaba peor: eran gente despreciable, ignorante, supersticiosa, fanática y hasta inmoral.

Si tal era la situación en que vivía la iglesia, y tal la opinión que se tenía de los cristianos, sería ridículo pensar que alguien acudiría al culto cristiano sencillamente porque otro le invitó, o por curiosidad, o por escuchar a cierto predicador, como sucede frecuentemente hoy. Quien acudía al culto probablemente había pasado por un largo período de conversaciones con algún creyente o creyentes,

había indagado de qué se trataba, y había decidido o estaba a punto de decidir incorporarse a la iglesia.

Todo esto quiere decir que, aunque el hecho nos sorprenda, lo que hoy llamamos "culto evangelístico" no existía en la iglesia antigua. La evangelización no se llevaba a cabo en el culto, sino en la cocina, en el taller, en el mercado, entre viajeros que se unían en busca de compañía y de seguridad, en medio de transacciones comerciales, y en unos pocos casos en escuelas cristianas en las que, al estilo de las escuelas filosóficas, algún maestro cristiano de excepcionales dotes intelectuales enseñaba lo que él llamaba la "verdadera filosofía".

En esto hay ya una posible lección para nuestros días. Hay toda una tarea evangelizadora que ha de tener lugar fuera de la iglesia. Lo que en tiempos recientes hemos llamado "evangelismo" es en realidad cultos de avivamiento. En tales cultos les predicamos a personas que ya saben acerca de Jesucristo y de la vida cristiana, y les invitamos a tomar una decisión de fe. Eso es bueno, y necesario en una cultura como la nuestra, en la que tanta gente se ha formado con cierto conocimiento de las doctrinas cristianas, pero sin un conocimiento personal de Jesucristo. Ciertamente es una tarea que debemos continuar.

Pero en todo esto frecuentemente nos olvidamos de otra circunstancia que se va haciendo cada vez más notable en todos estos países que antes llamamos la "cristiandad": hay todo un proceso de descristianización de la cultura, de modo que cada vez menos podemos dar por sentado que lo que

necesitamos es hablarles a las personas de un Jesucristo de quien ya saben, pero a quien quizá no conocen. Cada vez hay un número mayor de personas que escasamente han oído hablar de Jesucristo, y que jamás han entrado ni se han interesado en iglesia alguna, ya sea católica, o ya evangélica. De ello hay muchos indicios. Uno de ellos en nuestros países de tradición católica romana es el índice cada vez menor de niños bautizados. Cuando en nuestros países los padres no se ocupan de bautizar a sus hijos, mucho menos se han de ocupar de enseñarle siquiera los rudimentos de la fe. En donde yo vivo, en el centro mismo de la región norteamericana que tradicionalmente se ha llamado "el cinturón bíblico", porque era el centro del cristianismo más tradicional, ocurrió hace unos pocos años algo que para mí fue un toque de clarín en cuanto a este proceso de descristianización. Según me contó una amiga, una señora entró a una joyería para comprar una cruz, y cuando dijo lo que buscaba, la dependienta, tan sureña como ella y ciertamente formada en la misma cultura, le preguntó: "¿La quiere con el hombrecito, o sin el hombrecito?" Es a eso que me refiero al hablar de la descristianización de la vieja cristiandad. Aquella señora no solamente ignoraba la diferencia entre un crucifijo y una cruz, sino que ni siquiera sabía el nombre, y mucho menos la historia, de quien colgó de la cruz por ella.

Esto requiere nuevos métodos de evangelización. No es de esperarse que esa dependienta acuda a una iglesia a escuchar un sermón evangelizador. Si ha de escuchar el evangelio, tendrá que ser de labios de alguna persona con quien se encuentra en la joyería misma, o en el gimnasio donde acude a hacer ejercicios, o en la escuela a donde lleva a sus hijos. Antes podíamos tocar a las puertas e invitar a la gente a venir a la iglesia a escuchar a un famoso predicador. Hoy, si tocamos a la puerta de esa señora y le decimos que venga esta noche a escuchar a un famoso predicador que le hablará de Jesucristo, lo

más probable es que esa señora piense que si Jesucristo es importante para nosotros, deberíamos poder hablarle directamente de él, y no invitarla a que otra persona les diga quién es Jesucristo. Hoy, si esa señora se encuentra en una crisis en su vida, es poco probable que vendrá a la iglesia, pero sí es muy probable que acuda a sus amigas y conocidas, y serán ellas quienes tendrán la oportunidad evangelizadora.

En conclusión, la grande y primera lección que podemos aprender de la iglesia antigua es que la evangelización no es tarea de famosos predicadores, ni tarea que se lleva a cabo principalmente en el culto, sino que es tarea de toda la iglesia, de cada uno de sus miembros. Ciertamente, algunos tienen dones especiales para dar testimonio claro y convincente; pero esos dones no se limitan ni se centran en el púlpito, sino que se manifiestan en el taller, en la escuela, en la vida cotidiana.

Volvamos entonces al tema central para esta noche, que es lo que podemos aprender del culto de la iglesia antigua. En ese contexto, lo primero que tenemos que entender y aprender de aquella iglesia es la importancia que el culto tiene en la formación cristiana de las personas. Los historiadores del culto y de las doctrinas frecuentemente usamos una frase latina que resume la importancia del tema: *lex credendi est lex orandi*—literalmente, la ley de lo que se cree es la ley de cómo se adora. Lo que esto quiere decir es que el culto, la adoración, determina en buena medida lo que se cree.

Sobre esto se han hecho estudios, y usted mismo puede comprobarlos. Pregúntele a un número de creyentes cuáles han sido las crisis más serias en su vida y en su fe. Pregúnteles entonces, en medio de

tales crisis, qué fue lo que más les ayudó—algún versículo o cita bíblica, algo que cantaron hace años en la iglesia, algo que leyeron, o algún sermón. Lo más probable es que la mayoría le contestará que lo más importante fue algún versículo bíblico o algo que cantaron, y que pocos dirán que fue un sermón que recordaron o algo que leyeron. Si les pregunta usted entonces acerca del versículo que les ayudó, la mayoría recordará que fue un versículo que habían leído en privado, sí, pero que fue un versículo que también escucharon repetidamente en la iglesia. En resumen, que los principales recursos a que la gente acude en momentos de crisis son recursos que recibieron en el culto—ya sea en las lecturas bíblicas, o ya en los cánticos, coritos e himnos.

Es importante subrayar esto, porque son muchos los pastores y líderes de las iglesias que no se percatan de ello. En muchas de nuestras iglesias, el pastor o pastora se ocupa de la predicación, y el resto del culto queda en manos de grupos musicales que deciden lo que se va a cantar, y nos olvidamos de que en fin de cuentas esos cánticos hacen mayor impacto que nuestros sermones en lo que el pueblo cree y siente. En un momento volveré sobre el tema del sermón; pero por lo pronto es importante subrayar la importancia de esa actividad que en algunas iglesias se llama "alabanza", y que muchos tratamos como materia preliminar, o como aperitivo, antes del sermón. Dado el principio de que *lex credendi est lex orandi*, el pastor o pastora que verdaderamente se preocupe por la formación espiritual y doctrinal de su congregación deberá dedicarle al resto del culto al menos tanta atención como le dedica al sermón. No estoy sugiriendo que se les quite su ministerio a quienes nos dirigen en los cánticos y la alabanza, sino que se les enseñe a discernir qué cánticos son más adecuados, qué elementos se subrayan en cada cántico, y cuáles se descuidan.

Sobre esto, ofrezco tres ejemplos. El primero tiene que ver con la confesión de pecados. Desde tiempos antiquísimos, y a través de toda su historia, el culto cristiano ha incluido un momento en que, ante la majestad divina, reconocemos nuestro pecado. Esto no es contrario a la alabanza, sino que la engrandece, pues el Dios a quien alabamos es el Dios de amor que perdona nuestros repetidos pecados. Luego, podemos instruir a quienes nos dirigen en la alabanza, de modo que haya siempre en el culto ese elemento de confesión de pecados, y la experiencia concomitante de la inefable gracia de Dios.

Segundo ejemplo: La fe cristiana no es sólo asunto privado, sino también comunitario. La iglesia, la comunidad de fe, es un elemento esencial de la vida cristiana. No somos un montón de individuos sueltos y aislados que convergemos en una hora dada, sino que somos un cuerpo, el cuerpo de Cristo. Si esto es así, debemos preguntarnos, ¿cuántos de nuestros cánticos están en primera persona singular, y cuántos en plural? ¿En cuántos decimos, “Señor, yo”, “te doy gracias”, “te alabo”, y en cuántos decimos, “Señor, nosotros”, “te alabamos”, “te damos gracias”? Y, si es cierto que *lex credendi est lex orandi*, ¿no será ésta una de las razones por las que la iglesia tiene tan poca importancia para los creyentes que muchos de ellos cambian de iglesia como cambian de camisa?

Tercer ejemplo. La doctrina de la Trinidad. Uno de los modos en que la iglesia ha enseñado esa doctrina a través de los siglos es la himnología. Al señalar esto no me refiero únicamente al Gloria Patri y a otras doxologías semejantes, sino también a la estructura misma de los himnos, frecuentemente compuestos en cuatro estrofas, las primeras tres referentes a cada una de las tres personas de la Trinidad y la última

a la Trinidad misma. Por ejemplo: "Te loamos, ¡oh Dios! Con unánime voz .... Te loamos Jesús, quien tu trono de luz .... Te damos loor, Santo Consolador .... Unidos load, a la gran Trinidad." El único vestigio que queda de esto en algunas alabanzas es la costumbre de repetir un estribillo tres veces—y hasta lo de tres se ha vuelto cuestión de estética más que de teología, pues si nos parece lo cantamos más o menos veces. No hay razón alguna por la que nuestras alabanzas, al tiempo que empleen música, instrumentos y otros elementos de hoy, no puedan tener un énfasis trinitario. Ni tampoco hay razón para no ponerle música contemporánea al Gloria Patri y a otros elementos tradicionales del culto cuyo valor perdura y frecuentemente nos perdemos. (De paso, entre paréntesis, el Gloria Patri no dice, como comúnmente cantamos, y como muchos de nuestros himnarios dicen, "como eran al principio, son hoy". Esa traducción se debe a alguien que no entendió lo que el himno quería decir, ni lo que estaba en juego cuando se compuso. Lo que se discutía era si el Hijo y el Espíritu Santo eran igualmente divinos junto al Padre, y por tanto si eran dignos de gloria y alabanza. Luego, lo que el himno dice es que la gloria les pertenece a los tres, y que esa gloria "como era en el principio es hoy".)

Una vez más, *lex orandi est lex credendi*—o, como ha dicho el líder evangélico Mark Knoll, *lex credendi est lex cantandi*. Como pastores y líderes de la iglesia, no podemos soslayar nuestra obligación de hacer del culto una ocasión para la formación plena del pueblo de Dios.

Pero volvamos al culto en la iglesia antigua. Aunque se ha dicho repetidamente que los cristianos adoraban en el día sábado, y que el domingo vino a ser día de adoración por decreto imperial en el siglo cuarto, eso no es cierto. Lo que sí es cierto es que los primeros cristianos, como judíos que eran,

guardaban el sábado como día de descanso. Pero entonces se reunían el domingo para su culto principal de la semana, cuyo punto culminante era el servicio de la mesa o comunión.

Lo que sucedió con el sábado fue sencillamente que los cristianos de origen judío podían guardarlo, pues a través de los años y de muchos conflictos la sociedad había aprendido que el séptimo día de la semana era día de reposo para los judíos, y que ese reposo era parte fundamental de su religión, con el resultado de que en muchos lugares se habían hecho concesiones que les permitían a los judíos guardar su sábado. Mientras los cristianos eran también judíos, no había impedimento para que guardaran el día de descanso, y luego—al día siguiente—celebraran su culto. Pero según la iglesia se fue volviendo mayormente gentil, los nuevos conversos no podían guardar el sábado como la hacían los judíos. Muchos de ellos eran esclavos, y un esclavo no podía decirle a su amo, "hoy no trabajo, porque es día de descanso". Otros practicaban oficios en los que tampoco podían determinar cuándo iban a descansar. En varias regiones del Imperio, se le requería al pueblo que trabajara en obras públicas ciertos días; y en tales casos tampoco podía alguien decirles a las autoridades, "hoy no trabajo, porque es día de descanso". El resultado fue que el día de descanso fue desapareciendo entre los cristianos de origen gentil. Pero siempre el sábado tuvo un significado especial. Se le llamaba "el día de preparación", con lo cual se quería decir que era un día en el que, en la medida en que fuese posible, los cristianos debían dedicarse a la meditación en preparación para el domingo.

En cuanto al domingo, y lo que tanto se dice que fue Constantino quien lo instituyó, esto es cierto solamente en el sentido de que Constantino, quien como buen político jugaba en varios partidos al mismo tiempo, y quien era a la vez medio cristiano y también devoto del Sol Invicto, decretó que el

primer día de la semana sería día de descanso, con lo cual pretendía ganarse el beneplácito tanto de los cristianos como de los devotos del Sol Invicto—además de la población toda, que no se quejaría porque se le diera un día de asueto. Lo que sucedió entonces a partir de Constantino fue que la hora del culto se hizo más cómoda. Hasta entonces, los creyentes tenían que asistir a la iglesia de madrugada, antes de empezar el día, pues al salir el sol tenían que estar en sus diversas ocupaciones. El tiempo dedicado al culto era tiempo robado al sueño y al descanso. Pero ahora que el primer día de la semana se volvió día de asueto, se comenzó a celebrar el culto a horas más asequibles. Y, puesto que ahora eran más las personas que acudían a la iglesia, se comenzó a celebrar varios cultos en el mismo día.

Volviendo entonces al domingo y a las prácticas de la iglesia antigua, la razón por la que la iglesia se reunía para celebrar la comunión el primer día de la semana era que ese fue el día de la resurrección del Señor. Lo que se recordaba en la comunión no era sólo el sacrificio de la cruz, sino también y sobre todo la victoria final. Por eso siempre se ha hablado de "celebrar" la comunión, lo cual no tiene sentido si se trata de un servicio de Viernes Santo. Y también en ese día se celebraba y recordaba la victoria final de Jesucristo en su reino. Por eso es que la oración más antigua que se conserva para la celebración de la comunión dice: "Así como este pan estuvo esparcido por las colinas, y cosechado se hizo uno, así también en tu reino sea reunida tu iglesia desde los confines de la tierra" (*Did.* 9.3).

Pero hay más. A través de los siglos la vida humana ha transcurrido en el ciclo al parecer interminable de los años, los meses y las semanas. En la fe de Israel el ciclo semanal era central, y frecuentemente se contaban los días de la semana en torno al día de reposo: el primer día después del reposo, el segundo

día después del reposo, el tercer día después del reposo, tres días antes del reposo, dos días antes del reposo y el día antes del reposo. Ese ciclo se sigue ininterrumpidamente semana tras semana, mes tras mes, año tras año. Pero había también una tradición según la cual un día bendito sobre todos los días, después del día de reposo, el mundo despertaría atónito al ver que, en lugar de ser una vez más el primer día de la semana, era el octavo día, el día sin fin de la eternidad, la culminación de todos los ciclos de semanas y de años. La iglesia antigua se apropió de esa tradición. Así, por ejemplo, San Agustín dice acerca de la eternidad que es el

octavo día y día eterno, consagrado por la resurrección de Cristo y que figura el descanso eterno no sólo del espíritu, sino también del cuerpo. Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí la esencia del fin sin fin. (*De civ. Dei*, 22.30.5)

Nótese la relación que aquí se establece entre la resurrección del Señor y el día final. La resurrección, que tuvo lugar en el primer día de la semana, es en cierto sentido el comienzo del octavo día. Quienes están en Jesucristo disfrutan ya de las primicias de la eternidad, del octavo día. Y esto se simbolizaba en muchos antiguos baptisterios, que tenían forma octagonal.

Era por esas razones que el gran día del culto cristiano era el primer día de la semana, que era día de júbilo y celebración.

Pero vayamos al contenido mismo del culto. Como ya he indicado, el culto consistía de dos partes, el servicio de la palabra y el servicio de la mesa. En la primera parte se leían y explicaban las Escrituras. No olvidemos que en aquellos tiempos no había imprenta. Para que un libro circulara había que copiarlo y recopiarlo a mano. Por ello, había iglesias que ni siquiera tenían todo lo que hoy llamamos el

Antiguo Testamento—es decir, la Biblia hebrea. Hoy instamos a los creyentes a apartar un tiempo para leer la Biblia en privado. Lo podemos hacer porque hoy, gracias a la imprenta, prácticamente toda persona que sepa leer puede tener y estudiar la Biblia. Esa lectura de la Biblia en privado es valiosa, y debemos continuar insistiendo en ella. Ciertamente cuando no existe tal disciplina se pierde mucho.

Pero conviene que recordemos también la otra cara de la moneda. También se pierde algo cuando la Biblia se lee únicamente en privado. Si nos detenemos a pensarlo, veremos que casi toda la Biblia fue escrita para ser leída en público, en voz alta, en la congregación de los fieles. Esto es cierto tanto del Antiguo Testamento como del Nuevo. De hecho, es muy probable que los únicos dos libros que hayan sido escritos para ser leídos en privado sean la Epístola a Filemón y la Tercera Epístola de Juan, que va dirigida a Gayo, y quizás las epístolas a Tito y Timoteo. Los libros de la Ley, los libros históricos, los Salmos, los profetas, los Evangelios, las Epístolas, todo ello fue escrito para ser leído en voz alta, como parte del culto. Y algo se pierde cuando nos olvidamos de ello, como si la Biblia hubiera sido escrita para cada uno de nosotros como individuo, y no para todo el pueblo de Dios en conjunto. Tomemos por ejemplo el caso de los Evangelios, donde Jesús rara vez imparte sus enseñanzas en términos de "tú", sino más bien de "vosotros" o de "ustedes". En parte, lo que ha acontecido en tiempos modernos es que el mismo individualismo que nos ha llevado a cantar casi exclusivamente en términos de "yo" nos ha llevado a leer la Biblia del mismo modo. Si es cierto que necesitamos cantar más en términos de "nosotros", también es cierto que tenemos que leer más la Biblia en términos de "nosotros", para ver no solamente lo que Dios nos dice como individuos, sino también lo que nos dice como cuerpo de Cristo.

Pues bien, en la iglesia antigua el culto comenzaba con esto que se llamaba el servicio de la Palabra, al que asistían todos los creyentes, tanto bautizados como no, y que bien podía durar varias horas antes del amanecer. Allí se iba a aprender de la Palabra y de la esencia del Evangelio. Y quizá otra cosa que debamos aprender de las prácticas de entonces sea entender que un sermón no es una plática religiosa, ni un discurso de inspiración, sino que debe ser una exposición de la Palabra de Dios. Y esto se va volviendo más importante por cuanto cada día son menos las personas en nuestra sociedad que conocen siquiera los rudimentos de la fe y de la Biblia, y por tanto se hace necesario aprovechar esta oportunidad para ayudarles a entender el mensaje bíblico y para hacerles ver la pertinencia de la Biblia para sus vidas.

Al servicio de la palabra seguía el servicio de la mesa. Pero entre uno y otro se despedía a quienes no podían participar de la comunión—particularmente a quienes todavía no habían recibido el bautismo. Esto no quiere decir que se excluyera de la comunión a toda persona que no fuera miembro de esa iglesia particular, pues quienes vinieran de iglesias en otras ciudades eran recibidos como hermanos y hermanas en la fe; pero sí quiere decir que el bautismo era requisito para la comunión. La razón de esto es que el bautismo se veía como la acción por la cual se injertaba el nuevo miembro al cuerpo de Cristo, y la comunión como el alimento mediante el cual todo el cuerpo se nutre. Sin estar injertado en la vid, el pámpano no puede recibir nutrimento de ella; y de igual modo para recibir el alimento espiritual que Dios provee a través de la comunión hay que ser miembro del cuerpo de Cristo.

Puesto que el bautismo era paso necesario para pasar del servicio de la palabra al servicio de la mesa, detengámonos a ver algo acerca de las prácticas bautismales de los primeros siglos. En el Nuevo Testamento vemos que se acostumbraba a bautizar a las personas inmediatamente después de su conversión. Así se bautizan millares en Jerusalén; y así se bautizan el eunuco etíope y el centurión Cornelio. Esto era posible porque los judíos que decidían bautizarse conocían la fe de Israel y los principios morales de esa fe. Y lo mismo era cierto de personas tales como el etíope y el centurión, quienes eran lo que se llamaba "temerosos de Dios"--es decir, personas que aceptaban la fe de Israel y al Dios de Israel, pero por una razón u otra no se hacían judíos. Cuando tales personas se convertían, bastaba con que creyeran que Jesucristo era el cumplimiento de las promesas hechas a Israel, que fue crucificado y sepultado, y que volverá a reinar. Una vez aceptado esto, no había obstáculo que impidiera bautizarles.

Pero el caso es muy diferente cuando empiezan a llegar gentiles que saben poco o nada de la fe de Israel. Quienes ahora llegaban a bautizarse venían de trasfondos muy diversos. En cuanto a las doctrinas, venían de un mundo politeísta, en el que cada fenómeno de la naturaleza y cada aspecto de la vida tenía su dios o diosa. Así había dioses de los vientos y del mar, del Sol y de la Luna, del amor y de la guerra. Quienes tenían tal pléyade de dioses bien podrían imaginar que hacerse cristianos era sencillamente añadir un dios más. Había también doctrinas religiosas y filosóficas que negaban el valor de la materia y por tanto del cuerpo, declarándolo malo, y para las cuales por tanto doctrinas como la creación y la encarnación resultaban dudosas. En cuanto a las prácticas morales, en el mundo grecorromano era perfectamente legal y aceptable abandonar a los recién nacidos a la intemperie,

para ser víctimas de las bestias o de personas sin escrúpulos que los recogían y criaban para dedicarlos a la esclavitud o a la prostitución. Entre las élites romanas, los varones acostumbraban a evitar demasiados herederos posponiendo el matrimonio, y teniendo concubinas tanto antes como después del matrimonio. Entre las élites griegas, se usaba la prostitución de jovencitos con el mismo propósito de evitar la procreación. Y lo que las élites practicaban, el resto de la población imitaba.

Cuando tales personas, gracias al contacto con algún creyente cristiano, se acercaban a la iglesia y decían aceptar la fe cristiana, no se podía sencillamente bautizarles así, sin más. Era necesario todo un proceso de preparación, no solamente doctrinal, sino también moral y emocional, y ese proceso requería cierto tiempo. En el siglo segundo, que fue cuando la iglesia se volvió mayormente gentil, ese tiempo era de por lo menos dos años, y a veces de tres o más. Durante él, los nuevos creyentes se reunían periódicamente para recibir instrucción de algún creyente más maduro—por lo general de un varón si se trataba de hombres, y de una mujer si eran mujeres. Tales instructores se ocupaban principalmente de asegurarse de que quienes estaban a su cargo progresaran en su vida de fe, se ajustaran a los principios morales de la iglesia, y entendieran al menos los rudimentos de la fe. Después, poco antes del bautismo era el pastor u obispo quien se encargaba de la instrucción de los neófitos, ahora subrayando los elementos doctrinales y teológicos.

Normalmente, los bautismos se celebraban en el Domingo de Resurrección, y unas pocas semanas antes de ese día el pastor u obispo presentaba a los neófitos ante la congregación, y pedía que si alguien sabía de alguna razón por la cual uno de estos candidatos no debía recibir el bautismo, se lo

hiciera saber. Entonces tanto los neófitos como los creyentes comenzaban un período de preparación especial, los neófitos para su bautismo, y los ya bautizados para la gran celebración de la Resurrección del Señor. Ese período es el origen de la Cuaresma, es decir, de los cuarenta días de preparación según se acercan el Viernes Santo y el Domingo de Resurrección.

El proceso de preparación para el bautismo, que recibía el nombre de "catecumenado", es una de las cosas que pronto tendremos que aprender de aquella iglesia antigua. Puesto que hoy son cada vez menos las personas que conocen algo de la fe cristiana por el solo hecho de haberse criado en un país tradicionalmente cristiano, se va haciendo cada vez más necesario desarrollar procesos y procedimientos para asegurarnos de que quienes se unen a la iglesia sepan lo que están haciendo. Ya no bastan unas pocas lecciones, o una explicación de cómo es que funciona nuestra iglesia. Ahora hay que enseñarles a los candidatos en qué difieren la fe y la vida cristianas de las creencias y prácticas comunes en la sociedad.

AETH

Llegado el día del bautismo, el rito mismo era tal que dejaba un sello indeleble en quienes lo recibían. Hay varios aspectos de él que bien vale la pena mencionar, porque pueden ayudarnos en nuestras reflexiones sobre el culto antiguo y su pertinencia para hoy.

En primer lugar, debemos mencionar lo que se llamaban los "renunciamientos". Rodeados como estaban de un mundo cuyos valores, prácticas y creencias se apartaban mucho de la fe cristiana, los nuevos cristianos debían percatarse de que estaban rechazando todo ese orden. Tal rechazo tendría

consecuencias serias para su vida, y por tanto era necesario hacerlo bien patente. Luego, en los renunciamientos el neófito se ponía de cara al Occidente, símbolo de oscuridad, y decía palabras tales como: "reniego de ti, Satanás, y del mundo con toda su pompa". Entonces escupía en señal de desprecio, y se volvía hacia el Oriente, símbolo de la luz y de la nueva vida, y decía algo así como "Te recibo a ti, Jesucristo, Sol de Justicia".

Para remachar el contraste entre lo viejo y lo nuevo, el neófito entonces se despojaba de sus ropas, y entraba a las aguas bautismales completamente desnudo. Después de ser bautizado, al salir del agua, se le daría una túnica blanca, en señal de victoria. (En la antigüedad, el blanco era símbolo de victoria más bien que de pureza, como es hoy.) Para entender lo que esto significaría para el neófito, debemos recordar que, en tiempos antiguos, antes de que se inventaran las telas sintéticas, lo normal es que los pobres no tuvieran más que una ropa de invierno y otra de verano. Las ropas no se cambiaban sino al cambiar las estaciones del año—y aun entonces, eran pocas las personas que podían vestir ropas nuevas. Luego, el símbolo de la novedad de vida, de lo que en el Nuevo Testamento es "despojarse del hombre viejo y vestirse del nuevo", haría gran impacto sobre los neófitos. Y a esto había que sumarle el color blanco de victoria. Tras años de preparación, de transformación y de lucha, finalmente habían vencido. Lo que es más, por lo que sabemos de los orígenes sociales de aquellos cristianos, muy pocos de ellos tendrían muchas victorias que celebrar en la vida. ¡Y ahora se les vestía con una túnica blanca, como las de los grandes generales que entraban victoriosos en Roma, en ostentosas celebraciones de sus triunfos!

¿Qué pertinencia puede tener esto para nuestros días? Si lo que acabo de decir sobre la descristianización, y sobre cómo la sociedad contemporánea se inclina cada vez más hacia valores y prácticas de maldad y de explotación, entonces resulta obvio que debemos hacerle ver bien claramente a cada persona que se convierte y que solicita el bautismo que no se trata sencillamente de un rito más. Tampoco es solamente un testimonio de su fe. Es el rechazo de buena parte de los valores y prácticas de la sociedad circundante. Es un rechazo que, si se toma en serio, puede tener consecuencias drásticas en el empleo, en los asuntos económicos, en la vida familiar. Es un rechazo costoso. Luego, sin imitar los ritos de la iglesia antigua hasta el punto de escupir o de desnudarse para recibir el bautismo, sí nos incumbe buscar y desarrollar ritos que nos hagan partícipes de la novedad radical que la fe cristiana representa; que le recuerden constantemente al pueblo bautizado que son un nuevo pueblo, y que por tanto su vida no puede ser como la de antes ni como la del común de las personas.

Otro rito conectado con el bautismo era la unción con aceite. En el Antiguo Testamento, se ungía a los reyes y a los sacerdotes. Ahora, esta persona que había salido desnuda de las aguas bautismales, y a quien se había vestido con una túnica blanca de victoria, ahora recibía una unción real y sacerdotal. Dios le había prometido a Israel que sería un sacerdocio real. Ahora, mediante la unción tras el bautismo, se les indicaba a los bautizados que eran en realidad, como el Nuevo Testamento señala repetidamente, "reyes y sacerdotes", o, como dice la Epístola de Pedro, "real sacerdocio, pueblo adquirido por Dios".

Pensemos un momento sobre esto. Aquel esclavo oprimido, quien en la sociedad no era nadie, ¡ahora es rey y sacerdote! Aquella señora explotada y oprimida por los varones en su vida, ¡ahora se viste con el blanco de los triunfos imperiales! La novedad de vida no era sólo cuestión de una nueva conducta, sino que era también cuestión de un nuevo lugar en la sociedad que sí cuenta—quizá no en la sociedad romana, con sus estratificaciones y sus prejuicios, pero sí en la sociedad del Reino de Dios.

Más adelante, esa experiencia de la victoria bautismal, y del valor inaudito del creyente, se reafirmaba en toda una gama de prácticas. Una de ellas, por ejemplo, era que los creyentes, que normalmente oraban de rodillas e inclinados en señal de humildad, el domingo no se hincaban ni se inclinaban, sino que al orar se acercaban a Dios como se acercaría a un rey el príncipe heredero. El domingo es el día de nuestra victoria y adopción, y el no hincarse ni inclinarse era señal de ello—y era también señal renovada de que, por mucho que la sociedad les despreciara, quienes se congregaban para adorar eran reyes y sacerdotes.

Luego, sugiero que nos preguntemos, ¿qué señales hay en nuestros ritos y en nuestros cultos que les recuerden a los fieles quiénes son en virtud de su adopción? ¿No será que una de las razones por las que la "alabanza" resulta tan atractiva para muchas personas es que en ella se reafirma el acceso que los más humildes tienen al excelso trono de Dios?

Todo lo que he dicho anteriormente acerca del bautismo se hacía en la noche del sábado al Domingo de Resurrección, mientras la congregación estaba reunida en otro sitio, preparándose para la gran

celebración de la comunión. Hasta allí iban los recién bautizados en procesión, todavía con sus túnicas blancas. Y allí por primera vez se unían al resto de la congregación en esta segunda parte del culto, el servicio de la mesa.

Esta vez, empero, además del cáliz de vino, del que beberían junto al resto de la congregación, se les daban otros dos cálices: uno con agua, para bautizarles por dentro, y el otro de leche y miel, para recordarles que en su bautismo habían cruzado el Jordán y entrado en la Tierra Prometida—una señal más de la nueva realidad de que ahora eran partícipes.

En resumen, lo que aquella iglesia antigua hizo en su culto fue, sí, adorar y alabar a Dios; pero adorarle y alabarle en modos tales que el culto mismo les enseñara a los partícipes tanto el contenido de las Escrituras y de las doctrinas cristianas como lo que todo esto implicaba para la vida en una sociedad ajena y a menudo hostil. Y lo que se enseñaba se experimentaba también en ritos que se volvían experiencias y recursos para el resto de la vida.

Todo esto no sería más que un asunto de curiosidad histórica de no ser por los paralelismos que veo entre la situación en que la iglesia vivía en aquellos primeros siglos y la situación en que muy posiblemente le tocará vivir en este vigésimo primero.

Esto lo comprobé hace unos pocos años en Cuba, conversando con un pastor que no tenía estudios tales que le permitieran saber nada de lo que he dicho acerca de la iglesia antigua. Yo acababa de

predicar, y noté que, al hacer un llamamiento, cuando una persona acudía, otra venía y se colocaba junto a ella. Noté también que, si se trataba de un joven, era otro joven quien se le acercaba, y si era una señora era otra mujer la que se le acercaba, y así sucesivamente. Le pregunté entonces al pastor, y lo que me dijo me sorprendió.

"Hermano", dijo, "la mayoría de estas personas que vienen al frente cuando se hace un llamamiento saben que tienen una gran necesidad, y piensan que el Señor puede llenar un vacío en sus vidas.

Pero la verdad es que no saben mucho de lo que están haciendo ni a lo que se están comprometiendo.

No olvide que desde hace cuarenta años no se dice una palabra por la televisión o la radio, ni tampoco en la escuela ni en otro medio alguno, acerca de la fe cristiana. Una señora de cuarenta y cinco años apenas sabe algo que pudieron decirle sus padres o sus tíos. Y un joven de quince años se crió en un hogar en el que sus mismos padres no mencionaban estos asuntos. Ahora vienen a la iglesia y deciden seguir al Señor. Pero en realidad no saben qué es eso, ni cómo afectará sus vidas. Algunos vienen con mucho entusiasmo, pero cuando empiezan las dificultades y conflictos en el trabajo o en la familia, abandonan la fe. Por eso hemos decidido no aceptar a nadie como miembro de la iglesia sin que antes pase por un programa de preparación. Esas personas que usted vio que vinieron a acompañar a los que vinieron al frente son mentores y consejeros que hemos preparado para que acompañen a los nuevos conversos en sus primeros pasos en la fe. Les enseñan lo esencial del cristianismo. Les visitan en sus casas y, de ser posible, en el trabajo. Si tienen dificultades o dudas, les prestan apoyo y dirección. Y los reúnen en grupos para estudiar la Biblia. Cuando llevan unos meses o un año en esos grupos, yo empiezo a trabajar más de cerca con ellos."

"Otra cosa que usted debe saber", siguió diciéndome, "es que muy pocas de esas personas fueron bautizadas en su niñez. Por eso lo más común es que antes de unirse como miembros de la iglesia tengan que bautizarse. Si no tuviéramos un sistema, todos los días tendríamos bautismos, y la gente perdería el interés, y no vería lo dramático que es el cambio y la nueva vida que estamos anunciando al bautizar a alguien. Por eso, en lugar de bautizar todos los días o todos los domingos, juntamos a los candidatos en grupos, y los bautizamos a todos el Domingo de Resurrección, en señal de que el bautismo es cuestión de morir y levantarse a novedad de vida. Y para asegurarnos de que no bautizamos a quien no lleve una vida cristiana, o a quien dé mal testimonio, un mes antes de ese día yo se los presento a todos a la congregación, e invito a cualquiera que sepa alguna razón por la que alguien no parece estar listo para el bautismo, a que me lo diga."

"Entonces el bautismo el Día de Resurrección es una gran fiesta de la nueva vida. Quienes ya son miembros se regocijan recordando su propio bautismo. Y para todos la Resurrección de Jesús es recordatorio de su propia resurrección: de su resurrección en el día final, y de la resurrección que experimentaron en su nuevo nacimiento."

Todo esto me lo dijo aquel pastor, y según me iba hablando más veía yo que, sin saberlo, este hermano estaba volviendo a crear muchas de las prácticas de la iglesia antigua. No lo hacía por interés anticuario, como muchas veces sucede entre expertos en la liturgia, sino por interés pastoral, porque había analizado la situación en que sus feligreses han de vivir, y se había asegurado de que lo que se

hacía en el culto—en este caso, en el catecumenado y en el bautismo—respondiera a las necesidades reales del pueblo de Dios en esa situación.

Pues bien, si lo que he dicho anteriormente acerca del proceso de descristianización de Occidente es cierto, esto quiere decir que la situación en buena parte de la antigua cristiandad pronto será semejante a la que este hermano vive en Cuba. No que las circunstancias políticas o ideológicas vayan a ser las mismas, sino más bien que la falta de conocimiento de los elementos esenciales de la fe cristiana será un fenómeno notable al menos en ciertos elementos importantes de la población. Al predicar el Evangelio, les estaremos predicando en buena media a personas que ya saben algo acerca de él; pero también les estaremos predicando a muchas personas que no saben de qué se trata, o que tienen ideas preconcebidas que tendremos que contrarrestar.

En esa tarea, el culto es de importancia fundamental. Por ello los líderes cristianos no podemos abdicar de nuestra responsabilidad en el diseño y programación del culto, en la preparación de quienes han de dirigirnos en él, y en la creación de prácticas y ritos que ayuden al pueblo cristiano a vivir en este siglo veintiuno con la misma fidelidad con que vivieron nuestros antepasados en la fe durante los primeros siglos de nuestra historia.

Y en esta tarea, el conocimiento de lo que hicieron aquellos antepasados nuestros, de cómo respondieron a las necesidades del momento, es un recurso que no hemos de descuidar.